

Nº38.

12 DICIEMBRE

1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico.

*Los Grandes Cuadros  
de  
Los Museos Españoles*

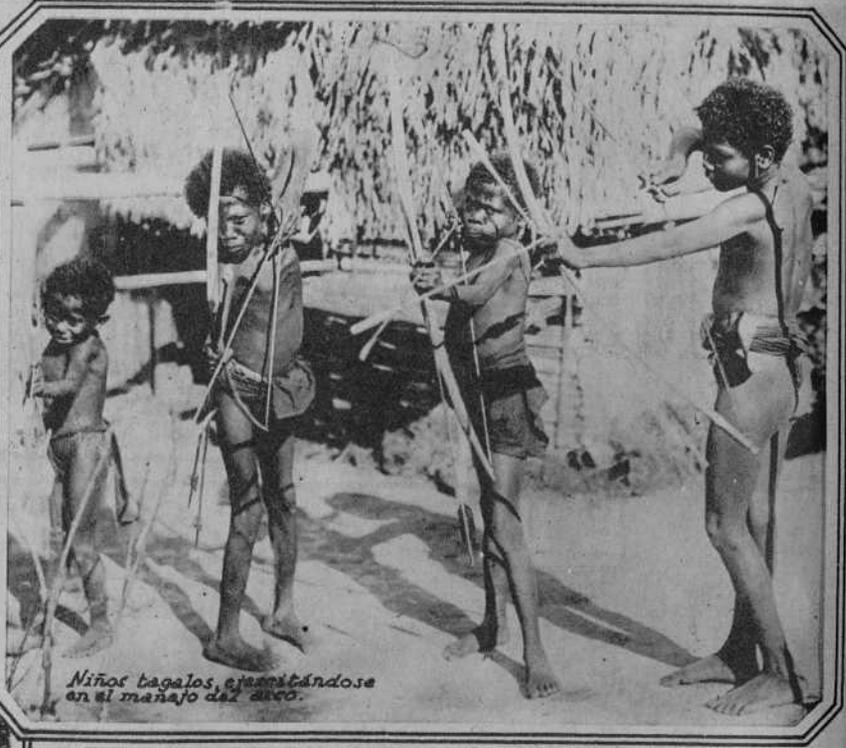


*Goya. Retrato del autor, en su juventud. Museo del Prado.*

*(Fot. N. Portugal, Archivo J. Laurent, C.ª Madrid.)*

# Las Islas Filipinas.

Una habitación  
sobre los ramos  
de un árbol.



Niños tagalos, ejercitándose  
en el manejo del arco.

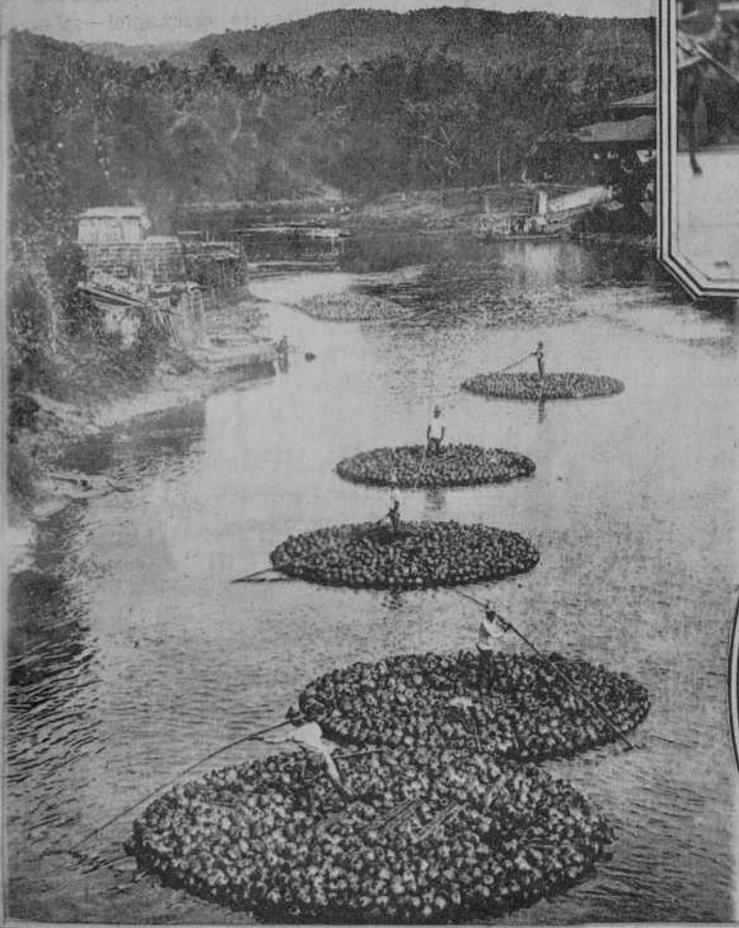
Mujeres tagalas en  
vestido de fiesta.



Pescadores a punto de hacerse  
a la mar.

# Las Islas Filipinas

Curioso sistema para transporte de cocos.



Los guardias reguladores del tránsito, en la ciudad de Manila.



Indígena navegando en los Praos de cañas.



Trabajando en los arrozales.

El raid de la escuadrilla Elcano y el actual Congreso de Universidades celebrado en Madrid, han acercado el recuerdo de las Islas Filipinas.

Pocos son, sin embargo, los que presentan la variedad y la exuberancia de los paisajes de aquel remoto archipiélago.  
(Lts. Scherl).



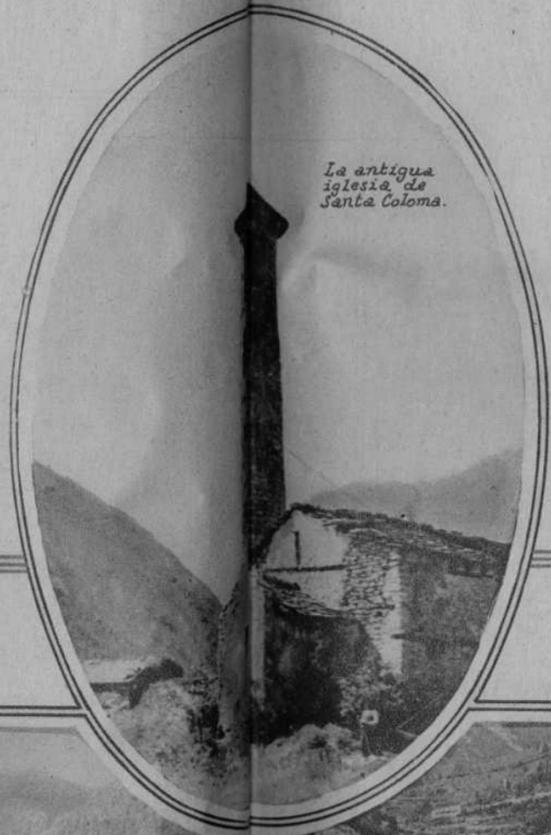
# El valle de Andorra



La carretera en construcción, junto al cruchuelo que desciende de los picachos.



La iglesia de la Virgen María en el valle de Andorra.



La antigua iglesia de Santa Coloma.



Las Escaldas, pueblecito andorrano, junto al camino que atraviesa el valle.



La carretera que nace en la Seo de Urgel y muere en la frontera de Francia.



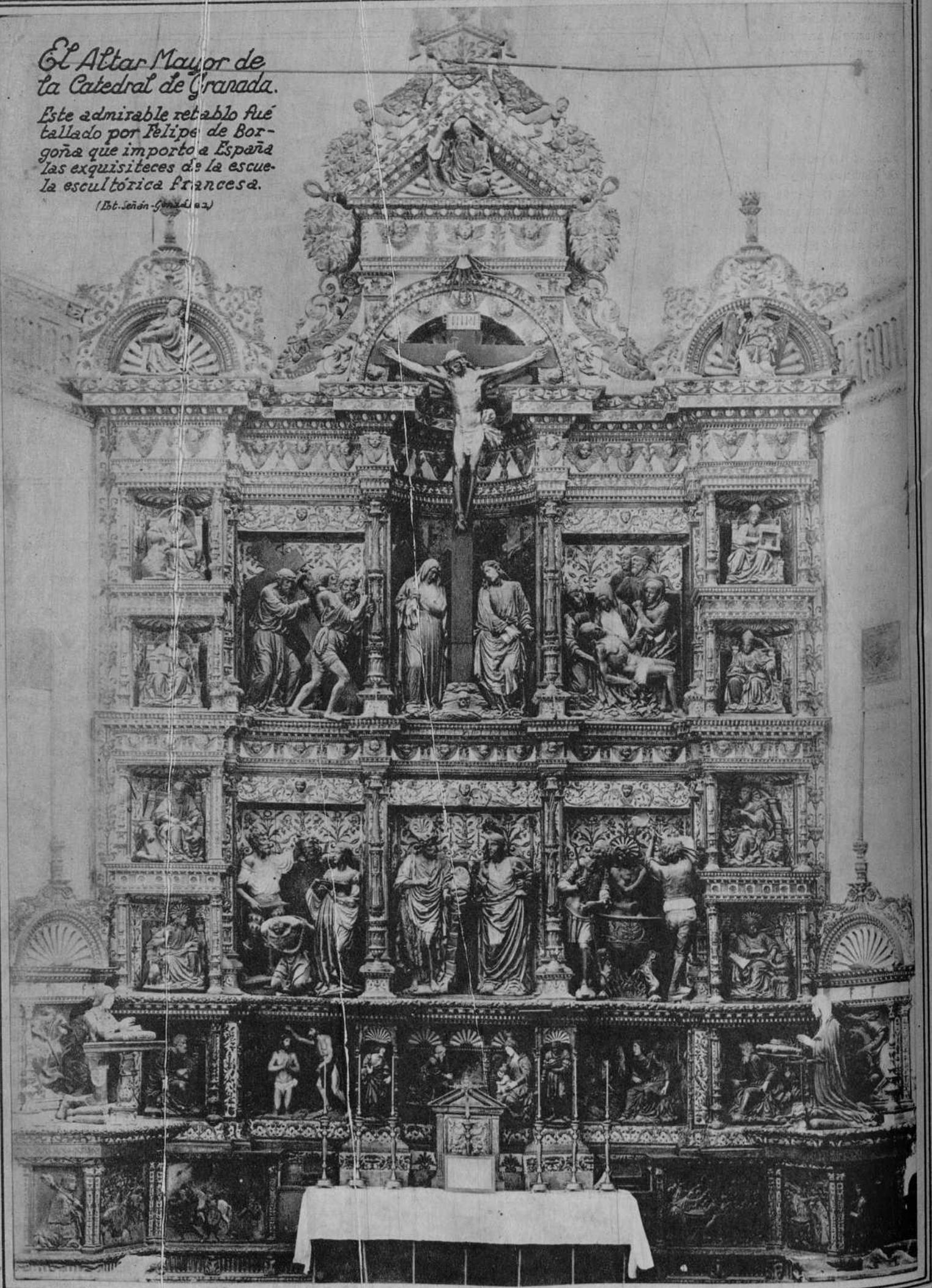
El "Salt de l'Estany" cascada que trenza y destrenza su blancura resonante sobre la ledera de la Montaña Salda.

El valle de Andorra es uno de los más pintorescos del Pirineo y una de las curiosidades políticas de Europa. Como una actualidad turística, una bella carretera para automóviles, que nos anuncian, va a construirse en él.

*El Altar Mayor de  
la Catedral de Granada.*

*Este admirable retablo fué  
tallado por Felipe de Bor-  
goña que importó a España  
las exquisiteces de la escue-  
la escultórica francesa.*

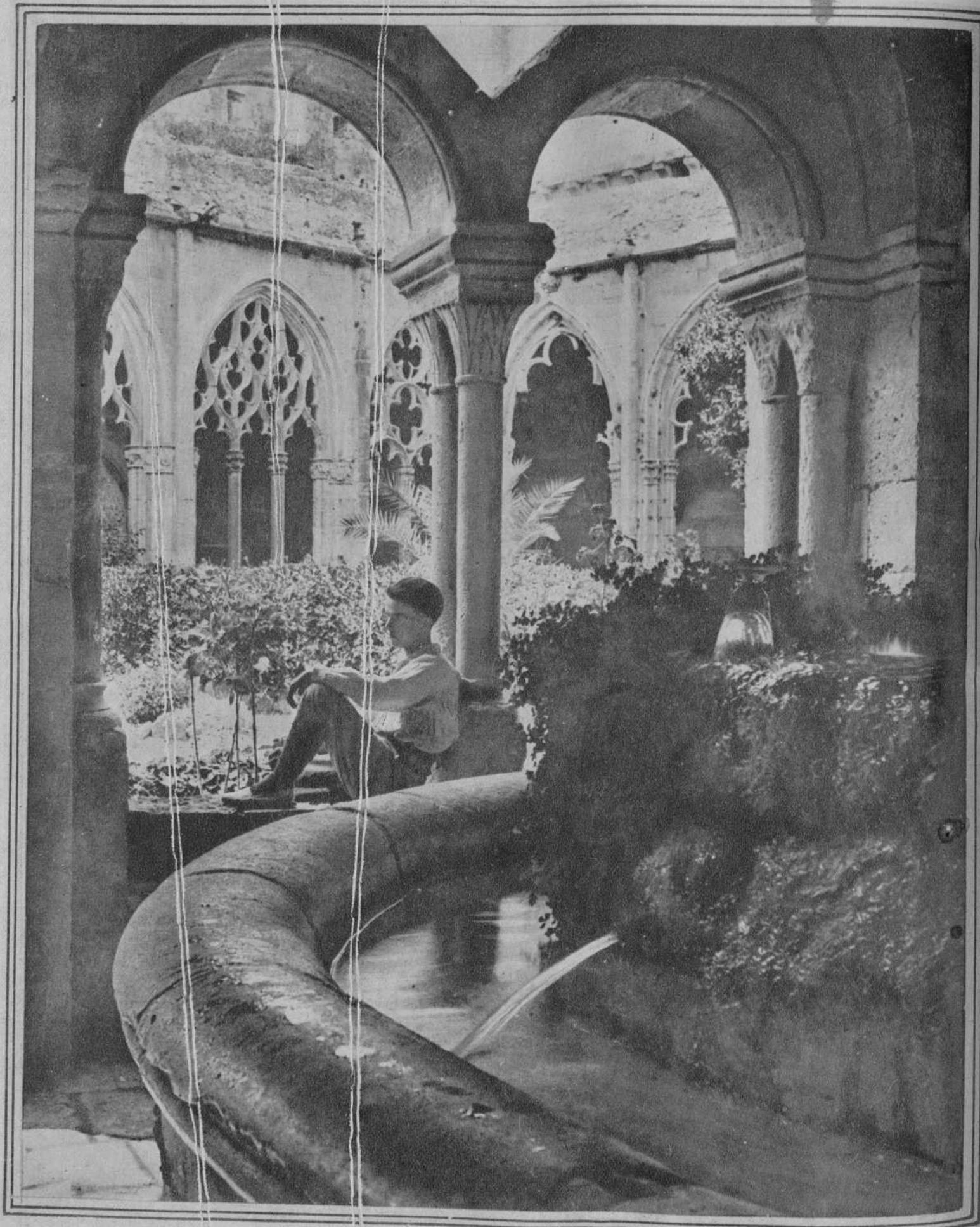
*(Dib. señor González)*





*El charleston en la nieve.*  
*Los bailes de moda han llegado a*  
*Chamonix, donde, la nieve presen-*  
*cia las contorsiones de los patina-*  
*dores coreográficos.*

*(Fot. Meurisse).*



*Santas Creus.*  
*Conservemos Poblet, pero conservemos también,*  
*Santas Creus. Han sido los dos monasterios*  
*inseparables. Que lo sean, también en su resurrección.*  
*(Fot. Morera).*

# París - Buenos Aires - Barcelona

Novela corta, por ANGEL MARSA

## I

¡Buenos Aires! La rememoración mágica de tierras de aventura y maravilla, convertida prodigiosamente en realidad.

La Babel soñada, la ciudad de leyenda, que tantas veces había acariciado con mi imaginación indomable durante las noches lividas y tumultuosas de Europa, allí estaba, ante mis ojos desorbitados, ávidos de beber toda su novedad en unos segundos.

Escapé de Europa asqueado aburrido, hecho trizas el corazón por la desatada algarabía de la post-guerra. «Jazz-band y finanzas. Fiebre de oro y de placeres. Vino y sangre. Bailes deseoyuntados y asesinos políticos.

Europa entera era un estertor. Mis veintidos años, llenos de «spleen» y de avidez de vivir, me entregaron indefenso al gran torbellino de aquel minuto hisórico.

París... París ardía, crepidaba, hecho ascuas de lujo, de vicio, de «snobismos».

Noches inconcebibles de Montmartre. Canciones tristes, mujeres alegres. Unos amores fáciles, con esa difícil facilidad de todos los amores fáciles. Después, cansancio, laxitud; el alma dolorida, los ojos hundidos, espectrales. Desgana de vivir.

¿Las mujeres? Monstruos, deliciosas alimañas. ¿Los hombres? Enemigos implacables, corteses y despiadados.

Mis veintidos años se me antojaron un punto de partida. Urgía escaparse de París, dejar atrás aquella pugna agotadora.

¿Otra vez España? La paz de la familia, la serenidad del ambiente propicio, el aplomo de la vida conocida, sencilla y honesta. No. No me placía el panorama español. El contraste era demasiado rudo, demasiado violento. De la luz a las sombras. Del jazz-band a la guitarra. Del dinamismo al estatismo. De la civilización a la tradición.

Era peligroso describir aquel salto mortal.

Fué entonces, después del espejismo decadente de un tango que pregonaba nostalgias porteñas, cuando decidí marcharme a Buenos Aires.

Tierra joven, acaso sirviese de estímulo a mi pobre vejez de veintidos años.

## II

Alta mar. La travesía tranquila. Aburrimiento. Noches de luna. Una constante rememoración del París que se aleja.

Madrugada. El segundo puente está desierto. Sentado en un butacón de mimbre, la gorra hundida, el abrigo de entretiempo

con el cuello levantado, oigo el murmullo del mar como una conversación monótona.

En la pizarra del cielo se dibuja la raja de melón de la luna en cuarto creciente.

De proa suben canciones de emigrantes. Un acordeón me anticipa lascivias canallas del barrio de la Boca.

Mi pensamiento parece un hábil gimnasta. Piruetas. Saltos mortales. De la placidez de mis años niños al torbellino del barrio latino. Del amor de mi madre, al amor de mi última amante coqueta y viciosa.

Los dos últimos años de mi vida del «Casinó» al Cabaret de la Muerte. De las tabernas de apaches un poco teatrales, a los restaurantes de lujo, más teatrales aún.

Un día... París se me cayó encima. Sentía mi pobre caja torácica abrumada por un peso angustiante. Lo mismo podía ser «spleen» que tuberculosis. ¿Un médico especialista o una agencia de viajes? ¿Una clínica o una transatlántico?

Ahora, ya en alta mar, la cubierta—maderas blancas, cristales esmerilados, latones relucientes, camareros de uniforme impecable y albo—se me antojaba una casa de salud.

La convalecencia sería corta: medio mes de travesía. Luego, la curación: Buenos Aires.

¿Recalda? ¿Quién sabe si en la ciudad nueva me esperaba una nueva mujer!

## III

El té de las cinco. Una pastelería de la calle Florida. Un sollozo de tango en los violines. Una brisa de frivolidad en las miradas.

Luego, un «fox», un «shymi». Algarabía negra en el cuadro del «dancing».

Displicentes, sentadas aquí y allá, mujeres menudas y bulliciosas. Mujeres ornamentales, de suntuosa y serena majestad. Criollas de hablar cantarín y candencioso, lleno de ceceos enervantes. Francesas guturales. Unas yankis rubias, de chillona alegría cinematográfica. Una japonesita, amarilla y breve como un limón.

Hombres serios, acaso aburridos. Pecheras relucientes, humo de tabaco rubio. Diálogos monosilábicos.

La escenografía, de un modernismo recargado, «snob». Volutas azules fantasmagóricas. El aire, saturado de perfumes costosos. En las mesas «cocktails» intrincados brebajes exóticos y multicolores.

Los ojos, brillantes de «Khol» o de deseo

sabiamente contenido. Los labios, húmedos. Los corazones, secos. Las charlas, pulcras, estrictas, banales.

En una mesita, frente a la nuestra, cuatro mujeres.

En la nuestra, Paco Mendoza, joven escultor argentino y cosmopolita, y yo.

Pedí a mi amigo:

—¿Las conoces?

Me dijo cuanto sabía de ellas. Una era alta, delgada, rubia, italiana. Se llamaba Tonina. Hablaba mucho y reía de una manera ofensiva. Mujer desagradable, autoritaria y neurótica. Tenía treinta años y había derrochado una fortuna de veinte millones de pesos, heredados de su padre, colono de la Patagonia.

Otra, era Leopoldina Andrade, la genial pintora uruguaya. Vestía de una manera absurda, con una especie de túnica griega que modelaba capciosamente su cuerpo macizo y esbelto. Una boina grande de mucho vuelo, de seda negra bordada en oro, escondía por entero su pelo y le daba un extraño aspecto masculino.

La tercera, muy morena, mestiza de indio y europea, tenía una belleza dramática y encendida. Era hija de un viejito cacique millonario del Perú, y por ella, según decía el todo Buenos Aires de los tés, los «dancings» y los restaurantes de lujo, se habían suicidado cuatro pretendientes rechazados.

A la otra, una niña casi, Mendoza no la había visto nunca.

Pequeñita pálida fina. Sombrero «cow-boy». Dos largas trenzas cayéndola por los hombros hacia el pecho. ¿Mejicana? Silueta de «film». Hablar candencioso. Risa franca y sonora. ¿Ingénua? Ojos verdes, perversos, abismáticos.

## IV

La platea del Colón. Espaldas desnudas de mujer. Diademas centelleantes. Hombres ceremoniosos, el cuerpo siempre encorvado por una reverencia.

En la escena, un divo favorito y gordo.

Cae la pesada cortina. En lo alto hay aplausos que parecen una sección de ametralladoras funcionando. La gente sale. Fuera hace frío. Estamos en julio. Abrigos de nuptria, de «petit-gris», de pieles fabulosas.

Ya en el «hall»...

—¡Fíjate!—me dice Paco Mendoza.

Me quedo con el gabán a medio poner. Se me cae un guante. Junto a nosotros pasa la muchachita de «film» que habíamos visto por la tarde.

A su lado una señora y un caballero de alguna edad. ¿Sus padres?

Salimos a la calle. Muchos autos. Mucha gente. El torbellino nos engulle.

Dos horas más tarde, en Pigall's frente a un «whisky», siento la misma extraña opresión en el pecho que me hizo abandonar París.

Mendoza, hábil psicólogo, viene en mi auxilio:

—¿Qué te parece esta chica de la peluca verde? Es rusa... Dice que fué camarera de la Zarina antes de la revolución... Pavadas, che...

Yo le replico, agresivo, mirándole a los ojos:

—¿Y a mí qué me importa? ¡Déjame en paz!

Mendoza no se inmuta. Enciende un cigarrillo. Y lentamente mostrándome el vaso de ámbar que tengo delante:

—¡Bebe no más! Eso te hará bien... ¡Bebe no más!—murmura.

La alegría en torno nuestro, se hace frenética. Acaso un poco avergonzados, nosotros callamos.

## V

Los almacenes «Gath & Chaves Ascensores. Gente apresurada. Transacciones rápidas.

Seis, siete, diez pisos. Luces agresivas. Espejos delatores. Los cajeros, en sus urnas de cristal, parecen grandes muñecas de porcelana.

Flota como un polvillo de fiebre. Todo el mundo cargado de paquetes, con una extraña avidez avarienta reflejada en el rostro.

Libros y estuches de manicura. Gramófonos y embutidos. Perfumería y armas. Juguetes y batería de cocina. Muebles y ropa blanca. Confitería y obras de arte.

Me siento perdido en aquel palacio encantado que preside el cuerno de la abundancia mercantil. Un poco poeta, como contraste, acabo por comprar un tomo de Rubén Darío y unos bollos de natilla.

Más triste que nunca, más aburrido que nunca, más solo que nunca. Buenos Aires, con sus millones de habitantes, está desierto. No conozco a nadie. Adivino que en el fondo, la gente me debe odiar un poco.

Mendoza no logró animarme. Rehuyo su fraternal solicitud. Me escapo solo, a correr por las calles, a pasear sin rumbo fijo. Apenas pienso, y eso me produce una gran angustia, una intolerable comezón en el alma.

Hay que vivir. Veintidos años son siempre un camino. ¿Pero adónde conduce este camino? ¿Es que mi espíritu no tiene más que veintidos años, es que no tiene veintidos centurias?

Si no resultase también aburrido, pensaría en suicidarme.

A veces me siento aislado hasta de mí mismo. ¿Vivo realmente? ¿No soy un fantasma?

Un fantasma que sólo alienta en la superficie turbia de los espejos. Me veo reflejado en ellos sin reconocermé.

De pronto, en aquel gran espejo del fondo... Sí. Rápidamente han cruzado las siluetas de Leopoldina Andrade y la niña de las trenzas.

Corro hacia ellas. Otro espejo me las de-

vuelve un momento. Se encierran en la caja sonora de un ascensor. Desde el cuarto piso descienden al abismo rutilante de la planta baja.

Tomo otro ascensor. Un minuto de vibración eléctrica. «Planta baja». De nuevo el bullicio de los almacenes.

¿Y ellas? Se han perdido. Ningún espejo hace la merced de brindarme sus rostros.

## VI

Salgo de «Gath & Chaves». La calle Florida está desbordante. En lo alto, la caligrafía eléctrica proyecta reclamos siderales.

Voy abstraído, sin ver a nadie. ¿Qué me importa la muchedumbre indiferente? Volveré a Europa. América no es para mí. Las calles son demasiado rectas; los edificios, demasiado uniformes, demasiado nuevos.

No hay intimidación. No hay placidez. El vicio es excesivamente chillón; excesivamente provocativo; la virtud, excesivamente cursi.

Un sólo dios parece presidir este dinamismo: el dinero.

Pero alguien me coge de un brazo.

—¡María!

Está desconocida. Más alta. Más suntuosa. Más guapa, más rubia gracias al agua oxigenada y a la manzanilla alemana.

Ella no sale de su asombro:

—Pero, muchacho ¿qué haces aquí?

Sonríe:

—¡Ya ves! Me aburro...

Ella lanza su risa de siempre, agresiva, feroz. Cuando ríe de este modo, la mataría. Pregunta:

—¿En Buenos Aires, y te aburres?

Me toca, provocativa, la barbilla con un dedo. Casi insolente:

—O eres muy cínico o eres muy sentimental.

—De todo un poco, chica. ¿Qué quieres? En el fondo, lo que tú me decías siempre: tengo alma de cupletista.

Sigue cogida de mi brazo. Con su natural atolondramiento, me propone:

—Vamos a almorzar. Te invito.

—Pero mujer...

) —Entonces, invítame tú. No me vengas con pavadas como dicen por acá. Estamos en América, la tierra de la libertad, y no valen remilgos.

Un poco más aburrido que antes, me dejo llevar.

—Aquí cerca, si te parece. Al pasaje Güemes. ¿Conoces el restaurant Florida?

Y sigue hablando, precipitadamente, atropelladamente.

Yo pienso que María está tan loca como antes, al conocernos en Madrid, tres años atrás, cuando yo era un poquito más viejo que ahora.

## VII

Hace un mes que Mendoza y yo entramos en esta misma pastelería.

¿Y aquella muchacha de «film»? El recuerdo ha sido como un destello fugaz. No había vuelto a pensar en ella. Sin embargo, ahora, al verla reflejada en mi memoria, parece que sienta el pecho menos oprimido.

María adivina acaso mis pensamientos.

—¿Alguna aventura?—murmura, ofreciéndome un bombón y una sonrisa.

—Un conato de recuerdo, nada más...

Van entrando mujeres en alegres bandadas. Leopoldina Andrade asoma su silueta equívoca.

Se acerca a nuestra mesa:

—¡Querida María!

—¡Porota linda!

Después de unos besos dados de perfil, para no estropearse el trazo de vermellón de los labios, Leopoldina se sienta, invitada por María.

Luego, las presentaciones. Mis labios rozan la mano breve de la pintora.

Charlamos y fumamos. Pero de nuestras bocas—itan sumidas de cansancio!—salen más espirales azules que palabras.

Estoy al acecho. Cazador furtivo, trato de hacer pasar desapercibido mi fraude. Llevo la conversación al terreno que yo quiero. De pronto:

—¿Y su amiguita de las trenzas, querida señora?—pregunto a Leopoldina, como si me lanzase sobre ella.

Un segundo de perplejidad. En seguida, la reacción sonriente:

—¿Esthercita? ¡Si es una niña!

Y como remachando la frase:

—¿Tiene alguna perversidad su pregunta?

Ríen ellas. Yo murmuro, silabeando, tal vez sin proponérselo:

—Es... que... la... quie... ro...

Nuevas risas. De pronto, Leopoldina:

—¡Uy, que fogoso es el españolito!—dice sin cesar de reír.

Y me dirige una mirada perfectamente confidencial.

## VIII

El estudio de Leopoldina Andrade. Hace media hora que hemos sido presentados y somos ya íntimos amigos con Esthercita.

Es adorable. Tiene una candorosa ingenuidad llena de mala intención. Cosa rara en una mujer, a ella le sienta bien el pudor.

Tímida, sabe ser audaz hasta el borde mismo del descoco. Segura de sí misma, no cae nunca en el abismo.

Diez y seis años. Pero por lo peligrosa, parece que tenga treinta.

Hablamos, hablamos mucho. Una amplia sonrisa, entre compasiva y envidiosa, de Leopoldina, nos cobija. Pero ¿qué nos importa?

La pequeña es inteligente. Tiene una vivacidad desconcertante. Se burla de mi vejez de veintidos años. Luego, se entristece sin motivo alguno y habla de su soledad.

—Es usted joven y hermosa—le digo.—No está, pues, sola. La acompañan su belleza y su juventud. ¿Quiere mejor compañía?

Me mira sin pestañear. Sus labios, fruncidos, parecen un corazón de baraja francesa.

—Quisiera...

Calla, ruborosa. Luego se atreve de nuevo:

—Quisiera... la compañía de usted...

Leopoldina ha desaparecido detrás de un cortón de terciopelo esmeralda.

Yo, con tranquila sencillez, acerco el rostro de Esthercita hacia el mío, y la beso en la frente.

## IX

Es tan ingénuo, que me da miedo. No tiene la mejor noción del mal. Naturalmente, eso la hace parecer mala.

He descubierto Buenos Aires. Ahora se resiste ocho días aquella convivencia, íntima y candorosa al mismo tiempo.

—Ahora llevaba así varios meses. Salíamos de noche. Íbamos al teatro. A la salida, aprovechando las noches estivales, paseábamos lentamente, cogidos del brazo, hablando de todo sin rozarnos siquiera a nosotros mismos.

—Tal vez aquello fuese la felicidad. Me sentía limpio de mi pasado europeo, tan lleno de contaminaciones.

—La dejaba en su casa. A veces, un beso en la mano. Otras, en la frente. A veces, sólo un monosílabo cariñoso:

—¡Chao!

—¡Chao!

Regresaba, ágil y optimista, al hotel. Dormía bien, sin pesadillas, sin inquietudes febriles.

—Sí. Tal vez aquello fuese la felicidad.

## XII

Quedé sorprendido ante su mirada constante, implacable, casi acusadora.

—¿Por qué me miras así?

Ella siguió mirando con igual intensidad agresiva.

—¡Oye!—dijo con voz silbante, una voz como rota, que yo desconocía en ella.

—¿Qué?

—¡Oye! ¿No piensas en volver a Europa? Algún día te marcharás...

Quedé sobrecogido, como un niño a quien se le descubre una travesura.

—¿Por qué me preguntas eso?

Terca, pareció no oír mi pregunta:

—¡Contesta! ¿Cuándo te marchas?

Yo no sabía qué contestar. Hubo un silencio escabroso. Esthercita seguía espíandome, con un aplomo que debía ser afectado. Parecíamos enemigos. Seguramente en aquel momento nos amábamos.

Por fin, ella dijo en voz baja:

—¡Llévame!

Sentí miedo. Mi cabeza se dobló, abatida por aquella pugna.

De nuevo ella, como un eco:

—¡Llévame!

Mis sienes ardían, trepidaban en violentas pulsaciones. Una rápida reacción. ¡A ver, pronto! El auto ¡A casa! ¡Pronto, pronto!

Nunca había sentido aquel terror, aquel escalofrío de pánico.

Esthercita desfallecía en mis brazos.

¡Chofer, más aprisa!

Llegamos. La abracé como si fuese un manojito de nardos. Sobre su cara hice caer una lluvia de besos.

—¡Adiós, adiós!

¡Por fin! Ya solo, corrí como un loco hacia el hotel. No me acosté. Como un autómeta arreglé precipitadamente el equipaje.

¡Pronto, pronto! Ahora que ella duerme. A Europa, a Europa.

No podía coordinar las ideas. Mi cerebro parecía una fragua:

—¡La cuenta!... No me despediré de María... El pasaje... De Paco Mendoza, tampoco... Pero ¿sale vapor?... Es tan perversamente ingénua, que me da miedo... Me irá a Montevideo... ¿No la veré más, sin embargo?... El reloj de pulsera que le tengo a componer... ¡Y Leopoldina?... ¡A Europa!... Buenos Aires me persigue... Buenos Aires es ella... ¡A Europa, a Europa!...

\*\*

Laxitud, laxitud, laxitud... Montevideo visto cinematográficamente... Ocho días de no pensar. El cráneo desalojado. El pecho, deprimido. ¿«Spleen»? ¿Tuberculosis?

¡El barco! De nuevo la clínica viajera, la móvil casa de salud. Allí lejos, diez y ocho días lejos, estaba Europa. España, Barcelona ¿El aplomo recobrado? ¿La rasa planicie uniforme de los días sencillos e iguales? ¿La blanda almohada de los recuerdos, para recostar en ella mi pobre cabeza de vejez milenaria?

## XIII

Otra vez el mar. A bordo, la gente se divierte frenéticamente. Hay un verdadero pugilato por ver quien posee mayor número de habilidades placenteras.

Yo me inhibo del regocijo general. De día permanezco encerrado en el camarote tendido en la litera leyendo o durmiendo. De noche subo a cubierta, paseo, fumo y sueño.

Estoy encerrado en mí mismo, como dentro de una cámara neumática. Ni más allá ni más acá hay nada. Ni ayer ni mañana. Todo lo más hoy, o mejor aún, el minuto en que vivo.

¿Proyectos? Están en la costa hacia donde vamos. ¿Recuerdos? Quedaron en la costa que dejamos atrás. El mar lo borra todo. El mar es el Infinito, y el Infinito no permite pensar. El Infinito produce ensueños lentos, dulcísimos, impalpables. Los poemas tienen por alma un girón de Infinito.

Otra vez el mar. ¿Qué es el mar? ¿Un soplo de inspiración divina? ¿Una ráfaga diabólica? Quisiera que esta travesía fuese interminable ¡Eternamente en el mar, como un girón entre el azul de arriba y el azul de abajo! Siempre a los pies del Infinito, de cara al Infinito. ¡Eternamente el cerebro derretido, licuado, y el alma en carne viva a flor de piel!

¡Magnífica serenidad la del mar! ¿No es el mar lo que más se parece al amor de una mujer lejana e inaccesible?

Junto al mar se siente uno pequeñito, pequeñito. Casi tan pequeñito como junto al regazo de la mujer querida.

## XIV

Y... Barcelona. La silueta quebrada de Montjuich como el filo de un hacha.

Colón, señalando con su índice la lejanía que acabo de abandonar, parece reprocharme la huida. Seguramente fué allí, descubrió tanta tierra nueva, pensando que con ello podía ofrecerme varios siglos después unos meses de felicidad.

¿Barcelona? ¿Es esta la meta de mi circuito sentimental? ¿Lograré echar aquí raíces afectivas?

¿Quién sabe! Barcelona es un poco la portería de España. Por eso es tan escasamente confortable. No obstante la portería resulta deliciosas para descansar un rato cuando se vuelve abrumado por una larga ruta.

Cuando se ha perdido toda esperanza ¿no es bueno el oficio de portero? ¡Desde la portería se ve tanta gente en su pintoresco ir y venir! ¡Se conocen tantas historias, tantos chismes de vecindario! ¡Indudablemente

## X

A veces, sorprendía en ella una mirada llena de fosforescencia. Sus pupilas verdes, estaban cuajadas de puntitos de oro.

—¿Qué miras?—le preguntaba.

—¡A tí!—solía responder.

Un día me dijo:

—Me parece que te odio un poco. Has robado mi tranquilidad de niña. Antes de conocernos, era feliz. Sin llegar a quererte, he comprendido de pronto toda la fuerza irresistible del amor. He dejado de ser niña. Por eso te odio.

Me dió lástima. Tenía razón. Pero estaba vengada. Porque yo, también había dejado de ser viejo. Y acaso sin amarnos, ya estábamos unidos por una extraña identidad morbosa, llena de incisivos y de palabras de doble intención.

Leopoldina y María, se reían de nuestras cosas.

—¡Son dos chiquillos! Es el primer amor, que les pilla desprevenidos...

Seguíamos siendo inseparables. Llegamos a ser conocidos de todo el mundo en los lugares que frecuentábamos.

¡Extraña pareja! Ella, una niña traviesa. Yo, un hombre demasiado joven para estar tan triste.

## XI

¿Es posible que un hombre y una mujer jóvenes se quieran fraternalmente sin conatos capciosos?

Seguramente no. Pero Esthercita y yo nos queríamos así, acaso con el secreto afán de que nuestro amor fuese distinto al de los demás.

Salíamos de noche. En su casa—su padre, su madre—me la confiaban, seguros de que no podía pasar nada. En el fondo, acaso convencidos de que no podrían evitar nada.

Ante mi perplejidad, María acudía solícita:

—Es América, muchacho, es América...

En efecto. América me había infantilizado, me había simplificado. En Europa—¿París, Madrid, Lisboa, Barcelona?—yo no hubiera

te la portería es el mejor observatorio de la casa.

Tres meses, cuatro meses. La monotonía me ha ofrecido todo su encanto. La vida, en una ciudad que balbucea, resulta de una vulgaridad casi heroica.

Desde luego, no tendría nada de particular que fuese feliz. Ya, ni fuerzas tengo para sentirme viejo. Como una réplica a mí mismo, me hago burócrata. Una oficina es siempre lo mejor para cegar horizontes.

Paseo, y me siento extranjero en mi propia tierra. Bien es verdad que me siento también extranjero del mundo.

Un día, la monotonía se quiebra. Es por la mañana. El sol lo barniza todo con una insolencia intolerable. Las Ramblas pueden ser Marsella. Génova. Lisboa. Buenos Aires, con sus hábitos de puerto, con sus gentes presurosas, con sus miserables joviales.

¿Buenos Aires? ¡Aquí está! Aquí está Buenos Aires, concretado, unificado en Esthercita.

—¡Pequeña!

Nos abrazamos. A ella, algo le impide hablar. Tal vez la emoción. Acaso el odio que me seguirá profesando. Quién sabe si su sombrero «cow-boy» y sus trenzas de mejicana que la convierten en una perentoria muchacha de «film»...

#### XV

Un intento de felicidad. Ahora, el amor cara a cara. Europa no es América. Los besos fueron resbalando, de la frente de ella—aún tersa, aún cándida—cayeron hacia su boca.

Pero no reía tanto. Su antigua sencillez quedó acaso olvidada en el camarote, como una vieja bata de moda.

Queríamos ser felices, pero sólo lográbamos ser silenciosos. El silencio, entre dos amantes, no es nunca la felicidad.

Había entablado una sorda lucha entre Esthercita y yo. Seguramente no me perdonaría nunca mi ofensiva contra su niñez.

Un día, después de saturarme plenamente de su perfume, macerándome entre sus besos puntiagudos, me atreví a preguntarle:

—¿Me odias un poco todavía?

Y ella como una evasiva:

—¡Qué esperanza!...

Nada más. ¿Era preciso más? No; no era preciso más para enloquecerme. Comprendí en un súbito chispazo de mi razón apagada, que yo la había querido siempre con la misma pasión ilógica de ahora.

Aquí, claro, no fué posible lo de allá. Europa tiene sus prerrogativas sentimentales y no es fácil que se las deje arrebatarse.

Por eso nuestra felicidad, aquí, estuvo constantemente esmaltada de melancolía.

Antes fuimos felices corriendo a cien kilómetros por hora. Ahora, para intentar serlo, nos vimos obligados a desplegar una velocidad mucho mayor.

Ella, en un minuto, tuvo que cubrir la enorme distancia que va de ser niña a ser mujer. Yo, la que media, mucho más enorme aún, entre la amistad fraternal y el amor irresistible.

Y, naturalmente, nos estrellamos. En el accidente, ella perdió el optimismo. Yo, el corazón.

\*\*

Así lisiados, seguimos el camino juntos. ¿Mucho tiempo? Acaso el cronometrador señalase dos años. Nosotros señalaríamos dos siglos.

#### XVI

¿Nuevas rutas, nuevos horizontes? ¡Para

qué! Esthercita es otra. En complicidad con el tiempo, la fué cambiando lentamente. Aquella está lejos, muy lejos. Acaso no se haya movido nunca de Buenos Aires.

Yo... La primera cana me aconseja serenidad. El mundo está lleno de peligros. ¿Se encuentra uno tan bien aquí!

Vuelvo a sentir mi pecho oprimido por aquel mismo peso abrumador. ¿«Spleen»? ¿Tuberculosis? ¿Cansancio, cansancio!

Descansar eternamente... Conseguir la suprema quietud... No pensar, no sentir, no soñar...

¿Cuándo lograré esta meta ideal, en el largo circuito de mi vida?

¿Es que será forzoso emprender de nuevo la ruta, seguir vagando por el mundo, entre la indiferencia odiosa o el sordo rencor de la muchedumbre enardecida?

#### EPILOGO

##### Los diarios

«Ayer por la tarde el mar arrojó a la playa el cadáver de un hombre joven, de aspecto enfermizo. No pudo ser identificado. En sus ropas no se le halló documento alguno. En un bolsillo se le encontraron varios pedazos de papel escritos con lápiz. Tal vez el borrador de una carta. En uno decía: «Estoy cansado. Cansado de todo, hasta de vivir. Por eso me entrego al mar. Acaso él, meciedo eternamente mi espíritu, logre aquietarlo, dormirlo para siempre, en una placidez incommovible...»

»Se cree que el desgraciado joven, tenía perturbadas sus facultades mentales, y lo lógico es suponer que puso fin a su vida en un arrebatado de locura».

(Prohibida la reproducción)

# ANTE UN CENTENARIO PESTALOZZI

Por LUIS DE ZULUETA

En diversos países se va a celebrar, dentro de unas semanas, el primer centenario de la muerte de Juan Enrique Pestalozzi.

¿Quién fué Pestalozzi? ¿Qué gran creación social ese nombre simboliza?... Lector, tú conoces la escuela popular pública, nacional. Tal vez, todas las mañanas, al ir a tus quehaceres, cruzas bajo los balcones de esa escuela vecina y refardas un poco el paso para escuchar por un instante las voces agudas de los niños alternando con otra voz más grave, más recia... Piensas en los miles de escuelas que, como esa, hay por fortuna en nuestro país. Piensas en los millares que por desgracia faltan. Reflexionas en el carácter que esas escuelas deben tener. La escuela popular no es sólo la escuela abierta a todos; es también un espíritu y un método; es la escuela de la intuición que parte de las realidades vivas y concretas para elevarse a los conceptos generales; la escuela de la acción y del trabajo; la que se esfuerza en formar la personalidad total, desarrollando la humanidad en el hombre y ejercitando a la vez la cabeza, la mano y el corazón.

Ahora bien; ¿sabes quién ha creado en el mundo ese tipo de escuela? No ha sido la creación social de esa importancia que no sea una obra colectiva, labor de muchos, fruto de siglos. Pero, si hubiéramos de resumir esa creación en un solo individuo, el más importante de todos, el principal y más señalado, la bautizaríamos con el nombre de Pestalozzi.

A Pestalozzi, más que a otro alguno, debemos, lector, y debe el orbe entero, la actual escuela pública. Las buenas escuelas públicas modernas. Recuérdalo cada vez que te pares a escuchar las voces cristalinas de los niños en la clase. De Pestalozzi podemos con razón repetir lo que reza la lápida colocada hace ochenta años en lugar del hermoso rosal, mudo epitafio hasta entonces de la tierra que guardaba sus cenizas: «Fundador de la escuela popular».

\*\*\*

¡La escuela popular!.. La cultura general, para todos los ciudadanos sin excepción. Para todos, lo fundamental, lo esencial de todo el saber humano. No para todos—ni para nadie—todas las ramas del árbol de la ciencia, claro está; pero sí el tronco y los frutos. Y, a ser posible, alguna flor de poesía, aroma de la existen-

cia... ¡La escuela popular, conquista, acaso, la más grande del siglo XIX!

El padre de la escuela popular no fué sólo un profesional del magisterio, limitado a su especialidad pedagógica. Tampoco fué un sólo filósofo teórico, metido en su gabinete de trabajo. Ni fué sólo un alma de santo inflamada de amor hacia los niños y hacia el pueblo.

Fué las tres cosas juntamente: un apóstol, un pensador y un maestro. Apóstol de la infancia desvalida, le consagró sin reservas su vida entera. «Permanecí durante años—escribía el propio Pestalozzi, refiriéndose a su fundación de Neuhof—rodeado de más de cincuenta niños pobres, compartiendo con ellos su miseria y mi pan, y viviendo yo como un mendigo para lograr que los mendigos vivieran como hombres»...

Pero no fué sólo un santo; no fué un hombre de inagotable bondad; pero sin grandes luces intelectuales, como frecuentemente nos lo presentan biógrafos y comentaristas, despistados por los geniales yerros, el infantil candor y las ingenuas confesiones de ignorancia que tanto abundan en el glorioso pedagogo de Zurich. No engañaron, sin embargo, esas apariencias a los espíritus perspicaces. Los grandes pensadores tuvieron siempre a Pestalozzi por un gran pensador; los filósofos verdaderos, un Fichte, un Guillermo de Humboldt, un Herder, un Herbart, tuvieronle por verdadero filósofo. Se basa Pestalozzi de una visión total del mundo y de la humanidad, para llegar, al cabo, como conclusión, a una serie de ideas generales, al apostrofo de la escuela.

Fué Juan Enrique Pestalozzi un hijo de la filosofía idealista alemana y de los principios espirituales de la revolución Francesa. Coincidió con Kant en la doctrina. La Convención le nombró ciudadano honorario de la República. Un amor ardiente al pueblo, sentimiento en que se acordaban las dos notas esenciales de su espíritu: la religiosa y la social, el misticismo y el civismo, la cristiana y la humanista, le hizo comenzar varios caminos, atender a diversas vocaciones y vacilar entre la jurisprudencia, el sacerdocio, la pluma del escritor público o la azada del agricultor que, en la noble labor de la tierra, busca la redención moral de la sociedad.

Después de todo esto, y, cabalmente por todo esto, el filósofo y el apóstol cristalizan en el maestro de escuela. Pero, enton-

ces, la escuela, hasta aquella humilde escuela aldeana de Burgdorf, donde Pestalozzi enseñaba desde las ocho de la mañana a las siete de la tarde, ve iluminarse su triste recinto con la antorcha del pensador y la bendita aureola de la santidad...

\*\*\*

Ensalzado unas veces; combatido, otras; menospreciado, muchas; muy poco comprendido, vió Pestalozzi llegar sus últimos días en el abandono, el desdén y la desgracia. Su obra parecía fracasada; su fama y hasta su buen nombre estaban empañados. Murmurábase de quel Pestalozzi que, tras de ensayar muchas cosas, no había servido para nada. Viejo, enfermo, exhausto, se acogió al hogar de su nieto en aquella su antigua granja de Neuhof albergue de sus primeros sueños humanitarios.

Cerca de ella, en la villa próxima, donde fué llevado para que un médico le asistiera, murió Pestalozzi al anochecer del 17 de febrero de 1827. Sus últimas palabras, dignas del filósofo y del cristiano, fueron, a la vez la postrera enseñanza del maestro. «¡Ojalá que la paz, en que para siempre voy a entrar, serene el alma de mis enemigos. En todo caso, les perdono. A mis amigos les bendigo, y de ellos espero que me recuerden con amor y que, después de mi muerte, consagren sus energías mejores a impulsar los ideales que guiaron mi vida».

La vida de Pestalozzi, en efecto, es una alta lección. Sapo servir a los ideales y partir siempre de las realidades. Su enseñanza se basa en la intuición inmediata de las cosas y se eleva a las verdades abstractas. Amó al pueblo, pero no quiso adularlo, sino ilustrarlo, edificarlo y dignificarlo. Mejorando, en cada individuo, al hombre interior, miraba, empero, al progreso colectivo de la sociedad. Ateó a unir la emoción moral del cristianismo con el espíritu avanzado de la moderna democracia. Superó el antagonismo entre la mera espontaneidad y la concepción exterior, educando la disciplina interna, esencia de la libertad. Si vivió como un mendigo para que los mendigos vivieran como hombres, logró también hacerse niño para que los niños aprendieran los caminos de la plenitud humana...

Dícese que, después de esto, resplandecía en su rostro octogenario una sonrisa infantil. Se durmió, quizás, soñando en el porvenir, de cara a la eternidad.

# LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XIX

¡Ah...!

Aquella mañana me levanté de la cama con una serie de dolores tan equitativamente repartidos por todo el cuerpo, que no me dejaban un hueso sano.

Aunque la distribución era tan perfecta, que no podía dar lugar a quejas ni protestas, a decir verdad que no reparé en injusticia más o menos, y al saltar de la cama desahogué mi mal humor con lo más florido de los denuestos e imprecaciones que me vinieron en boca.

Aquel sueño mío, tan admirable como reparador, como dócil y obediente a mi voluntad, se trocó aquella noche en un insomnio horrible. No pude pegar los ojos. Lo que a una noche de furioso temporal no le fué dado, conseguir de mi profundo dominio sobre el sueño, lo logró implacable una hoja de papel impresa, en la que aparecían sumas y cantidades escritas a mano.

Me refiero a la hoja de la liquidación que me entregó el Director del «Dyonisia», apenas terminada la primera representación de la Compañía.

Aquel malhadado papel tuvo el privilegio de inspirarme un profundo terror. El importe de los ingresos obtenidos en la función del debut, en cuanto al porcentaje que debía percibir la Compañía, no bastaban en mucho a cubrir los gastos de la misma, a pesar de que habíamos logrado casi llenar el teatro.

¿Qué pasaría en noches sucesivas?

No quise detenerme a reflexionarlo. Aquella desdichada moneda griega, con su famosa dracma a razón de unos siete céntimos y medio en moneda española, al cambio del día, iba a precipitarnos en la más espantosa de las hecatombes económicas.

¿Cómo percibiendo aquella moneda casi sin valor, de puro despreciada, íbamos a poder pagar en suculentas pesetas españolas a nuestros compañeros?

Nunca, hasta en aquel momento, pude sospechar el valor de una monedita de plata con el escudo de España en una cara y el busto de Don Alfonso, en la otra. Confieso que mis arraigadas convicciones republicanas llegaron a flaquear. Una moneda de a duro, aunque hubiera sido «sevillano», hubiérame parecido en aquellos momentos una fortunita respetable. ¿Y qué decir de aquellas libras esterlinas, tan amarillas de puro no darlas el aire, que llevaba en el fondo del baúl, como capital de reserva de «Femmes et Fleurs d'Espagne»? Aquellas moneditas de oro, mejor que libras debían allí representar arrobos, pues en poco menos que arrobos de billetes del Banco debían trocarse cada una al ser cambiada por monedas del país.

¡Desdichados billetes griegos tan desquiciados, tan miserables hasta en aspecto!

Sucios, mal olientes, rotos, ilegibles, pegajosos, contar y distribuir con ellos cantidades de alguna importancia, resultaba tarea bastante difícil. Por añadidura, la mayoría carecían de la mitad del papel y había que

apreciarlos aisladamente para conocer su valor, que en este caso, era también la mitad de la cantidad en él fijada.

Ocorre allí con esto, lo que en país alguno del mundo, lo que no llegó a ocurrir en Austria ni en Alemania ni en el período álgido de la depreciación de su moneda respectiva. Un ciudadano adquiere, por ejemplo, un objeto de valor, quinientas dracmas y entrega en pago un billete de mil. El vendedor ha de devolverle, naturalmente, quinientas dracmas. Pues bien ¿para qué molestarse en buscar cambio? El vendedor, si no lo hizo ya antes el comprador, rompe el billete en dos pedazos, entrega uno de ellos al comprador y... en paz.

Y así con toda clase de billetes, sean de mayor o menor cuantía. No puede darse con procedimiento más sencillo, cómodo ni rápido... ni más propicio a confusiones y engaño. Y no digo a falsificaciones, porque dado lo exiguo del valor de la moneda, el ípapel vale más!...

Me levanté de la cama, repito, después de una noche de insomnio y de cavilaciones. Preveía que habíamos metido el carro de la farándula en un mal paso. Los agentes teatrales que nos habían llevado a Grecia, se habían materialmente burlado de nosotros. Ni los precios de las localidades, eran ni podían ser los fijados, ni el aforo del teatro permitía obtener los ingresos prometidos. La temporada iba a ser catastrófica. Nos habíamos metido en un vericuetto más que peligroso, escalofriante.

Recordé la famosa frase de: «el último hombre y la última peseta», tanto más trágica allí por cuanto al coincidencia del hombre con la peseta, no iba a ser una realidad. Acabáramos con la última peseta, sí; pero no con el último hombre, es decir, con el último comediante. Y lo que es peor aún, no íbamos a acabar con la última «Femme».

Juntos, con una unanimidad desconocida a la que sólo llega el comediante cuando truena la Empresa, habían de levantarse ante nosotros, como fantasma amenazador para gritarnos:

—¡Ah... paga... y vámonos!

Este «vámonos» pavoroso y terrible, sonaba ya en mis oídos. Ni el recurso de quemar las naves se me ofrecía salvador, por la sencilla razón de que no disponíamos de otra nave, que del modesto bote de la «Marina». En cuanto al carro de la farándula, ni pensar en ello para el viaje de regreso, pues aún en el supuesto de que dejase de ser un «camelo» literario, deparáramos atasca-das las ruedas en los baches del camino...

—¿Estará muy lejos España?—me preguntaba ingenuamente.—¿Cómo volver a ella?—añadía despavorido.

Nadie, a buen seguro ha pensado más serio y formalmente en un viaje a pie o a nado. La vuelta al mundo vestido de «boy-scout», vendiendo postales ilustradas, me parecía una proeza insignificante. La travesía a nado del Canal de la Mancha o el recorrido dentro de un tonel por las cataratas del Niágara, me parecieron heroicidades ridículas y pueriles.

¿Y qué pensar de las proezas de nuestros antepasados en Grecia con sus huestes siempre en guerra con los vecinos y con sus famosos virreyes de la dinastía barcelonesa! ¡Mateo de Montcada, Roger de Lauria, Mateo de Peralta, Luis Fadrique de Aragón, el vizconde de Rocabert y Bernardo de Cordella, iban a resultar ante sus nietos, unos insignificantes insectos!

La segunda expedición dejaría tamañita a la primera, porque seguramente no iba a regresar en la vida.

¿Cómo y dónde encontrar un Florentino, un Nerio Acciaivoli, que nos expulsase de Grecia? ¡que más podíamos desear!... ¡Como los dioses inmortales de la Grecia mitológica no se apiadaban de nosotros!...

Con esta esperanza, mi pijama de lana y mis zapatillas árabes, me dirigí a la ventana y abrí los postigos de par en par. Un torrente de sol inundó la habitación. La mañana era hermosa. El cielo de Atenas, cantado por todos los poetas, era ciertamente bello cual ninguno, tal era su inmaculada pureza y transparencia. Nada había visto aún de la ciudad, como no fuese la calle que conducía del Hotel al Teatro...

El panorama más seductor, se ofreció a mis ojos. No cabe imaginar una mayor belleza. Desde mi ventana de quinto piso, atalaya magnífica sobre la ciudad, contemplé absorto una de las más grandes maravillas del mundo: la Acrópolis, una inmensa roca aislada de unos ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar, abrupta y escarpada por todas partes, de forma irregular y más o menos oval. Esta roca, a la que los antiguos creían separada de Pnyx y de Licabete—las otras dos colinas sobre las que se asienta Atenas—por un violento terremoto, anterior al diluvio de Deucalión, sostiene las ruinas de belleza más imponderable que vieron los mortales.

Ante mis ojos atónitos, casi a un tiro de fusil, desfilaban el Parthenon, el más bello de los templos antiguos que ha llegado a nosotros, pese a los estragos del tiempo y de los hombres; el Erechtheion, también de sin igual belleza; el Odeón, el más grande teatro de Grecia; el de Bacchus, el Dyonisos; el monumento a Lysicrate, el arco de Andrieu, el templo a Júpiter, la Pinacoteca, el templo de la Victoria sin alas... y así, entre estatuas, columnas, monumentos y pórticos, todo un poema inmenso de ruinas de inenarrable grandiosidad y belleza...

Atenas... Atenas antigua inmortal de la filosofía, del teatro, de la ciencia y de las bellas artes... Atenas, cuna de los hombres más ilustres, de los genios más famosos que conocieron los siglos... Atenas... ¡Salve!...

Y embriagado por la visión imponderable, me eché a la calle dispuesto a codearme con los siete sabios, los sublimes trágicos y los tribunos, poetas y políticos más famosos... Dispuesto a conquistar a Atenas con todos sus atenienses y sus «atenienses» de belleza irresistible...

¡Había olvidado, por completo, que la dracma valía poco más que un perro chico en moneda española!

# MUSICA DE JAZZ

Por MILLAS RAURELL

Los canutos de paja dentro de los líquidos rosas, verdes, azules de color de topacio claro eran finos conductores desde los vasitos a los labios camuflados en forma de corazón. Todas las manos, sobre las mesas, a suaves golpes de uña, seguían el ritmo del fox enloquecido; los pies que no danzaban en la cuadrícula reservada del baile, pifaban con un compás nervioso. Todos los rostros, como obedeciendo un íntimo interruptor, repentinamente sonreían y se ensombrecían; en los brazos desnudos movíanse angustiosos los brazaletes; en los labios se esfumaba la nubecilla blanca y azul de los cigarrillos; en los ojos ardía una fiebre de viaje. Así eran aquellas mujeres, manchando aquí y allá, con sus vestidos de colores, la blancura estridente de los manteles y la plata de la cristalería. Todo era luz, todo era música, todo era claridad, todo era un hormiguero, todo era gozo auténtico, del que tintinea dentro del corazón con el sonido profundo y permanente del oro.

Eso estaba pensando desde la puerta de entrada. Me agradó el espectáculo; desaparecí y volví a aparecer sin sombrero y sin abrigo. De espectador me transformé en cliente. Con un paso inseguro de poco habituado a aquel lugar, me dirigí a una mesa vacía.

Una vez sentado giré una mirada en torno del salón. Era, por cierto, un rincón alegre de la ciudad, os lo digo de veras! Lleno de luz y de animación y de movimiento y de color. Las mujeres parecían jóvenes y llenas de gracia. La música alegre, atolondrada, divertida. Por suerte me había decidido a entrar allá! Era lo que me convenía. Mucha alegría, mucha animación, mucha mezcla, mucha inconciencia y barullo. La bebida que me sirvieron—verde, con una guinda en el fondo, como un sol dorado

emergiendo del mar en un día lluvioso—la bebida me pareció deliciosa, verdaderamente deliciosa. Me encontraba, pues, en un momento de euforia.

Lo necesitaba tanto! Qué días acababa de vivir! Las cosas del despacho se presentaban cada vez peor y en cambio los gastos habituales de mi casa, crecían sin cesar. Nada era suficiente para pagar cuentas y más cuentas de cosas necesarias, está claro, pero cuyo pago me creaba, no obstante, serias dificultades. Eso no importaba aún, eso tenía remedio, eso lo habría arreglado yo tarde o temprano. Existían otras cosas más profundas, más importantes que me conmovían. Cosas que si queréis, a primera vista, no parecen trascendentales, pero que anudan el corazón si uno piensa en ellas, que le ponen a uno, sobre los goces de la vida, una densa cortina y en cambio le abren las perspectivas pesimistas del vivir, enseñándole toda la agrura de ser hombre con corazón y responsabilidades y todas las limitaciones sociales, mientras se siente latir, aletear dentro de uno mismo, un alma infantil, veinte, treinta años más joven que la carne que la aprisiona... Aquellas cosas que todos hemos de haber sentido, una vez al menos en la vida, para poder llamarnos hombres con toda dignidad y conocimiento, aquellas cosas que advierten que el ser hombre nos resulta un atributo demasiado holgado... y que el dolor es bebida demasiado fuerte para nuestra garganta y nuestro estómago.

\*\*\*

Comprendía que ella me quería. Eso no podía dudarle a nadie. A pesar de ello quién se hubiera atrevido a decir no tan sólo que éramos felices—conscientemente pueden decirlo pocos, poquitos matrimonios, esas

parejas insensibles, perdidas en la rutina y en la inercia de una vida sin objetivo—no que éramos felices, pero ni que tan sólo nos comprendiésemos. Parecía, no obstante, que a medida que los años de vida común se iban aumentando, nos conocíamos mejor y nos construíamos cada uno un carácter, distinto en todo del carácter del otro, un patrón antitético de cada momento, de cada sentimiento y cada deseo.

La vida resultaba imposible. La discusión era casi constante. No pasaba semana sin que nos peleásemos.

Hasta la pequeñuela, aquella Rosa tan querida, ella también me dió un disgusto mortal. Era mi único consuelo. Cuando ya no podía más, cuando la pena me tenía atado fuerte, fuerte, aquel trocito de carne mía—la única verdaderamente mía y muy mía—era el consuelo de mi alma torturada. Pero el otro día, ¡oh, qué momento terrible! Yo, que la creía mía y de nadie más, escuché que me contestaba con una voz que nunca había oído hasta entonces en ella: «Papá, eso no quiero decírtelo, no puedo decírtelo».

No podía, no quería decirme una cosa. A mí que era su padre, que era ella misma, porque ella era un trocito de mí mismo y nada más, nada más. ¡Ah, no! ¡Ya no era aquel trocito de carne! Mientras lo fué, era mía, pero la carne ya se había saturado de pensamiento y había nacido en ella una conciencia, apta para el pecado, apta para el secreto. Rosa ya no era un trocito de mí mismo, era una persona extraña a mí y a todos; con pensamientos propios y opuestos a los demás. ¡Oh, horror! ver como un hijo se nos escapa así de las manos, como muere el niño para ti y nace el hombre en frente y ante el mundo y se mezcla con el mundo y los hombres. Triste momento de

paternidad, dolor nunca bastante ponderado en el que parece como si de veras te arrancasen de tu propia carne aquella con la que estabas acostumbrado a contar como una cosa tuya. Ya no era mi nena, mi pedacito de gloria pendiente de los labios, sino que era mi hija, Rosa, «una persona». Y entonces sí que ya no pude soportar la estrechez de la soledad, el peso del abandono, la pena que me consumía.

«A la primera riña, les dejo».

Y aquella noche hubo riña. Y les abandoné. Cerré la puerta de un porrazo, paseé por las calles sin pensar nada, sintiendo sólo un dolor físico en alguna parte del cuerpo que no hubiera podido precisar. Vi un cartel azul, luminoso, a través de las telarañas lagrimosas de mis ojos. ¡Ah, la alegría que me llamaba! No debía rehusar su reclamo. ¡A reír, a gozar, a divertirme! «Afaire la noce», como decía un primo mío después de haber estado en Perpignan.

«Midnigh in the sea» apreciado señor decepcionado. «Amour es neige», carísimo cliente un poco velado de amargura, os ofrecemos estas dos novedades musicales. Las dos son alegres, retozonas; creedme, podéis entregarnos la blancura de vuestros dientes.

«Old Tom Gin» dilecto desesperado; «Antiquary», refinado del sabor y del color. Bebidas que nos acreditan. Es preciso sorberlas con cañita, las saboreáis poquito a poco. Caerán dentro de vos como gotas de un mágico crisol. Cada gota será una chispa más en vuestros ojos.

«Colette» tímido náufrago, «Sole», respetado nabab.

Aquí tenéis dos mocitás deliciosas de piel fina como si su carne fuese agua quieta, pero tersas como arcos. Tienen todos los vi-

cios o podéis hacerlos la ilusión que son dos colegialas, vuestra discreción. En sus manos, en sus ojos, en sus labios, está el resorte de los latidos de vuestro corazón.

Todo esto pareció que sentía a mi oído, vertido por una voz consejera, todo esto bullía en mi cabeza. Pedí otro cocktail. Una mujer se me acercó. Vestía un traje blanco y era rubia. La música empezó entonces una pieza loca, loca de veras, pero, de repente, se ponía seria. Los acordes del bango arañaban una melodía dolorosa. Sí, sí, era dolorosa; una frase terrible que entraba en mí, corría por mis huesos, me daba escalofríos y al fin me entregaba a una modorra inefable.

La segunda copa de cocktail, había perdido gusto y perfume.

Era como una flor marchita, como una carta ya leída, como una mujer que no se quiere. Incluso se me hacía difícil de tragar. ¡Oh! y aquella música no era alegre, simulaban en ella alegría, pero el saxofón lloraba. Oh, y cómo lloraba el saxofón: ri-ro-ra-ro-rí, ro-ra-rí-ro; ro-ra-ro-rí, ro-ra-ro-rí, ro-rí, con aquella amargura como sólo puede llorarse musicalmente.

¿Y las mujeres? la que estaba sentada a mi lado, me pareció antes la más bella. Ahora estaba cerca, le veía la cara gastada, marchita, con una mueca simulada en la boca. Y cuando habló, había dicho cuatro cosas lamentables.

No, no, no. La alegría, el gozo no estaba allí. Al entrar había visto luz y música, alegría, mujeres y bebidas, gozo, pero como si hubiese alzado el velo, poquito a poco, que escondía cada una de aquellas cosas, ahora las veía espantosamente tristes, más desoladas que un desierto, más amargas que cicuta.

Me levanté decidido, un poco tambaleante. Andaba como un marinero en tierra. Salí a la calle. Me dejé caer en una silla de la Rambla. Era la madrugada. Los pajaritos llenaban las ramas de los árboles y se estremecían en un canto monótono a la visión del cielo tenuemente turquesa. En mi pesadez continuaba pensando... ¡El gozo! ¡el gozo! ¡Bah!... no existe en ninguna parte. Es una de las grandes autopías con que nos alucinamos. El gozo no es si no la partida del dolor, es dolor mismo hecho ausencia, es dolor que grita tanto que nos ensordece y nos abate. ¡El gozo! que gran farsa nos estamos representando los unos a los otros y cada uno con nosotros mismos...

Al fin y al cabo las amarguras caseras, las desaveniencias, la nueva personalidad de mi hija, los ingresos insuficientes, todo esto son cosas pasajeras. Son amarguras, son penas, compensadoras con otros goces distintos.

Aquel día, contrariando mi propósito, entré de nuevo en casa. Fue una vergüenza la conducción y la llegada, lo supe después. A la mañana siguiente me encontraba enfermo y me quedé en cama. El doctor descubrió en mí una congestión de hígado que, según él me había procurado las pesadillas anteriores, las depresiones morales, todo el trajín, en una palabra, que sufrí durante aquellos últimos tiempos.

Desde aquel día, cuando veo un caduceo le miro de reojo.

¡Oh la ciencia, la ciencia! Mira que querer mitigar mi sufrimiento moral, mi tortura de alma con salicilatos de sosa. Pero... claro está, que también es cosa notable que yo quisiera curar mi afección hepática con música de jazz.

(Prohibida la reproducción)